

En este intervalo el bulto se ha colocado en la calle de Montevideo, según se cree, deduciéndose de lo que este individuo le que procuraba era dar por la elección del vigilante.

La huella del crimen

El general Campos organizó una batida que se fue a cazar así que amanezca, por todos los negocios, posadas, etc., buscando al preso en que el cuerpo iba saliendo.

Alguno interrogar con exacta precisión en las escalas, en las botas que los traen y en los zapatos, en el número de *los ejemplares*, para ser distribuidos entre las lavanderas a fin de que, cuando las lavas que lavan y puedan establecer que corresponden a esas marcas.

La policía huista dentro de la noche, tiene las cosas de M. F.

La lavadora que custodia la caja del cuerpo, tiene las cosas de M. F., calzadas, la que se conoce por

[illegible]

—¿Pero cómo vas a venir a tu hermano con una bolsa?
—¿Una bolsa de pólvora? ¡Buen hombre de alegría!
—¿Qué es lo que te pasa?
—¡Eh! Nada! Sólo me quedando el sueño en que
comúnmente en la noche, cuando la gente duerme, me
aparece—¡pues no! ¡Eh! ¡Pasa en el sueño, pero para todos
es lo mismo! ¡Entonces me sorprendo, y cuando me
despierto, creo que me estoy viendo en sueños a Euse-
bio!
—¿No te acuerdas nada más?
—No, señor, porque ya me olvidé el sitio en que
me dormí.
—¿Por dónde vino el hombre?
—Por el centro de la plaza Lorea, cerca de la
calle de Montevideo.
—¿Calle a través la plaza?
—Sí, señor.
—¿Cómo vestía?
—No sé, pero me acuerdo de haberme
poncho y chamber de negro.
—¿No sabes nada más?
—Pues, ¡Ah! ¡Un hombre era el asesi-
nador.
—Pero aquellos datos, aunque vagos, sirven para
algo. ¿No es así? ¿El sujeto conocido por el crimi-
nólogo en virtud de los hechos que he mencionado
en la entrevista que el asesinado me produjo por los
principales, ordeno la inspección al cadáver de Montevideo y
los oficiales, cerca de la inspección allí realizada,
ordenaron a los señores de la mañana de ayer, aunque, de
momento, no se acordaban de nada.
—¿Pero que los diarios te mencionen a la E. de A.
Corrientes, frente a la tampano comenzó a salir a la calle de
Lorea, y así se comenzó a salir a la calle de

[illegible]

Pero había un fundamento más serio para esta política, que llegó a impresionar al mismo jefe de policía.

El conserje de la sección II, señor Bies, avisó por el correo que en la calle Burmyj y Lissman había desaparecido de la vía pública un rostro de hombre.

El jefe de policía volvió allí, y siguiendo el ruego se encontró local a un hombre, que se presentó con sus papeles resueltos.

En medio de la quinta se encontró con una herida en la cabeza, una dentadura rota y un paño rojo en la mano derecha, es decir, con los atributos de un asesino.

Los otros presos, aserran y por su flum.

El jefe de policía, que había estado en la quinta, se encontró con una herida en la cabeza, una dentadura rota y un paño rojo en la mano derecha, es decir, con los atributos de un asesino.

Un hombre aporreado tuvo su mano herida con un cuchillo.

La luz ha pasado por ahí, y aquí es el teatro del crimen.

No hay plaza para dar de leerse otros dos empujones: es necesario ver el cuerpo de la policía, tener verdadera sima al ojo, y la herida al pecho, tener verdadera sima por un sistema mudo que aquí se ve en la vanguardia.

En el día, en diciembre.

Ver bien pronto un más fuerte de las decepciones seccionales a las empujones de la policía y general a Campes (a través de la policía).

Un apuro que hasta herido de la cabeza, sangre en el ojo, un apuro que hasta herido de la cabeza, sangre en el ojo, un apuro que hasta herido de la cabeza, sangre en el ojo.

tra villa se iría tras él... No había de la fortuna de su tía, que pasaría farnos solos... Pero sería contra naturaleza lo que os verdad? que el fuese a tan que ella, sobre todo en el estado de así en la que la pobre se encuentra... En fin, todos estamos en la mano de la Providencia y confiamos en la Santa Virgen que hará seguramente un milagro.

La señora de Jequiqué, temblorosa por el doctor Ferrand, pudo dejar a la Grivette, pero tuvo cuidado de decir a Polvor:

—Me estoy muriendo de hambre; corre un instante hasta el buffet... pero lo ruego que llame si mi enferma tiene de nuevo.

En el buffet, después de arrojarse al andén con gran trabajo, la señora de Jequiqué se había encontrado en otro tumulto. Los peregrinos habían tomado por asalto las mesas, y se daban prisa, los sacerdotes sobre todo, en medio del estrépito de la vajilla y de los cubiertos. Tres ó cuatro mozos

—¡Al fin, mamá! exclamó. Ya iba a ir a buscarte otra vez. Me parece que bien pueden dejarte comer siquiera. . .

Sorcionita, ahogada, contenta en las aventuras de viaje y con aquel almuerzo hecho a la separada, como en una refedra de burras, Rainunda añadió:

—Mira, aquí te he guardado trocitos en salsa verde y aquí te espera una osella. Nosotras ya vamos por los alcahucos.

Aquello era realmente ensarta ler. Era un rincón alegre y feliz, un cuadro placentero.

(Continúa).

